



WARHAMMER
AGE OF SIGMAR



GLOOMSPITE
ANDY CLARK

timunmas



GLOOMSPITE

ANDY CLARK

timunmas

Título original: *Gloomspite*
Traducción: Simon Saito Navarro, 2020

Gloomspite, GW, Games Workshop, Black Library, Warhammer, Warhammer Age of Sigmar, Stormcast Eternals y todas las marcas asociadas, ilustraciones, imágenes, nombres, criaturas, razas, vehículos, localizaciones, armas, personajes y la imagen distintiva están registrados en los distintos países como * o TM y/o © Games Workshop Limited y usados bajo licencia. Todos los derechos reservados.

Versión original inglesa publicada originalmente en Gran Bretaña en 2019 por Black Library
Games Workshop Limited.,
Willow Road, Nottingham,
NG7 2WS, UK
www.blacklibrary.com

Ilustración de cubierta de François Coutu

© Games Workshop Limited, 2020.

© De la traducción Games Workshop Limited. 2020. Traducida y explotada bajo licencia por Editorial Planeta. Todos los derechos reservados.

Edición publicada en España por Editorial Planeta, 2020
© Editorial Planeta, S. A., 2020
Avda. Diagonal, 662-664, 7ª planta. 08034 Barcelona
Timun Mas, sello editorial de Editorial Planeta, S. A.
www.edicionesminotauro.com
www.planetadelibros.com

Esta es una obra de ficción. Todos los personajes y situaciones descritos en esta novela son ficticios, y cualquier parecido con personas o hechos reales es pura coincidencia.

ISBN: 978-84-450-0824-9
Preimpresión: Ediciones del Simio
Depósito legal: B. 7.215-2020

Impreso en España

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal) Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

CAPÍTULO UNO

SOMBRAS

Tobias Kench salió por la puerta de la taberna a la calle adoquinada. Se limpió la sangre de los nudillos y respiró una bocanada del vespertino aire fresco.

—Así está mejor —musitó haciendo unos movimientos rotatorios con los hombros. Detrás de él quedaba el Rey Díscolo; más que una construcción, el edificio de la taberna parecía un montón de piedras que se hubieran apilado descuidadamente. Sus ventanas de culo de botella estaban llenas de grietas, las tejas de la techumbre habían comenzado a erosionarse y la capa que protegía la fachada de la lluvia había comenzado a descascarillarse allí donde el propietario había sido descuidado con las tareas de mantenimiento.

Tobias no habría entrado a beber en ese tugurio si su vida hubiera dependido de ello. Pensándolo bien, no habría entrado en ninguno de los locales del barrio de las Tuberías. Sin embargo, el Rey Díscolo siempre era un buen lugar para liberar el estrés de un mal día; además, los parroquianos habían aprendido a estar callados y concentrarse en sus jarras de matarratas cuando Tobias entraba por la puerta. No obstante, siempre había alguien que no respetaba la costumbre. Solía ser un tripulante de las barcazas que descendían por el río desde Hammerhal Aqsha y que gastaba los lingotes antes de ganarlos; o un vecino del barrio que

había reunido el polvo suficiente para ahogar sus penas en el tugurio más barato de la ciudad y culpar de sus desdichas a los que han tenido más suerte que él; o parásitos de la sociedad que querían celebrar su último éxito lejos de los lugares donde podrían reconocerlos. Algunos días solo eran desconocidos que a ojos de Tobias no tenían la devoción suficiente o de los que sospechaba que habían dado la espalda a la luz de Sigmar.

Tobias jamás usaría los puños con las buenas gentes temerosas del Rey Dios. Solo de pensarlo se horrorizaba. Pero el Rey Díscolo nunca lo decepcionaba.

—Las almas impías se descarrían cuando el demonio de la bebida se apodera de ellas —dijo para sí mientras se arreglaba la capa de agente de la guardia y se tomaba un momento para encender el farol. El artificio se negaba obstinadamente a encenderse, y Tobias recordó que se había dicho que tenía que llevarlo al almacén para que lo repararan y sustituirlo por otro. La noche caía y la sombra de las montañas volcánicas se extendía por las calles de Draconium como una mancha de tinta entre los altos edificios de techos empizarrados de la ciudad—. Solo estoy adelantándome a sus pecados, les recuerdo que Sigmar siempre está vigilando.

A su espalda, la taberna estaba silenciosa, como ocurría siempre después de su visita, aunque no tardaría en regresar el alboroto. Encenderían los faroles, limpiarían la sangre y la vida continuaría en su interior como si él nunca hubiera estado allí. Tobias, por su parte, reanudaría su ronda.

El hombre piadoso nunca se liberaba de su carga.

Tobias alzó la vista al cielo atraído por una luz que había brotado repentinamente. Allí arriba, entre los picos escabrosos y los estruendosos cráteres del Espinazo Rojo, se había formado una tormenta con una velocidad sorprendente. La furia de la tormenta era una señal de que Sigmar estaba vigilándolos, pensó Tobias mientras observaba cómo caían los rayos atraídos por las varas metálicas de las oraciones de los templos que jalonaban las laderas. Se preguntó si habría peregrinos en ese momento en las montañas, arrodillados en un estrecho saliente de piedra y con el rostro extasiado iluminado por el resplandor de los rayos que caían sucesivamente. De ser así, al día siguiente habría que bajar los cuerpos de los que habían pasado al reino de los muertos y cuyos restos mortales carbonizados ya no eran necesarios.

—Ya no es tarea mía —se dijo entre dientes Tobias—. De eso hace ya muchos años.

La recogida de los cuerpos de los peregrinos era un trabajo del que se encargaban los agentes de cuarta clase, y Tobias ya era de segunda clase. Se tocó con la yema de un dedo el broche de plata con el martillo de Sigmar grabado de la capa que denotaba su categoría. Era una costumbre que había adquirido desde que Iyenna lo dejó porque no podía competir con lo que ella describió como sus amantes gemelas: su trabajo y su religión.

Pensar en Iyenna le agrió el humor, como siempre. Cuadró los hombros y echó a andar por la calle. Su ruta de patrulla habitual continuaba por la periferia del barrio del Puerto, luego giraba al oeste para llegar hasta las fábricas y los talleres del barrio de las Forjas, desde donde ascendía hacia las calles más concurridas del Alto Dragón y desde allí llegaba a la comisaría de la guardia de la ciudad, situada en la Colina de la Horca. Sin embargo daría un pequeño rodeo para pasar por las miserables calles de la Depresión, donde estaba seguro de que encontraría más almas impías a las que castigar.

Solo había dado un par de pasos cuando un sutil movimiento captó su atención. En el callejón que había al lado del Rey Díscolo atisbó unas sombras que se movían, entre un cajón de embalaje roto y unos sacos de arpillera. También oyó un ruido como de arañazos. Tobias frunció el ceño, apretó la mano alrededor de la alabarda y enfiló hacia el callejón. Vagabundos y adictos al fengh eran un problema constante en Draconium. Tobias mejor que nadie sabía que la vida era dura en los reinos que quedaban fuera de los cielos, pero nunca comprendería hasta qué punto podía llegar la desesperación de una persona para caer en las garras podridas de la droga.

Su gesto ceñudo se convirtió en una sonrisa cuando sus ojos se acostumbraron a la penumbra y distinguieron unos ojos amarillentos y una larga cola que se agitaba.

—¡Ajá, Santa Klaus, viejo maleante! —exclamó—. ¿Dónde has estado? Hacía semanas que no sabía nada de ti. ¡Pensaba que el Rey Dios te habría llevado para la reforja!

Tobias se acuclilló y extendió una mano. El gato salió del callejón y sus ojos adquirieron una expresión de esperanza al ver la mano enguantada y la sonrisa del agente. El animal frotó la cabeza contra los dedos de Tobias con una insistencia que arrancó una risita al agente, que le rascó las orejas.

—¿Sigues sin dueño, amigo?

Klaus ronroneó, apartó la cabeza de la mano de Tobias un momento y luego volvió a enrollarse en ella agitando la cola.

—Oh, de acuerdo. —La sonrisa del agente se ensanchó y Tobias sacó del zurrón un trozo de pescado en salazón. Klaus le arrancó la comida de la mano y Tobias lo observó con satisfacción mientras masticaba y tragaba. El gato volvió a mirarlo con expectación.

—Algún día te llevaré a la comisaría y te adoptaremos como mascota. —Tobias metió de nuevo la mano en el zurrón, pero entonces una nueva ráfaga de rayos estrió el cielo. Las luces estroboscópicas iluminaron fugazmente el callejón detrás de Klaus y Tobias vio algo extraño.

El gesto ceñudo regresó a la cara del agente, que se puso en pie y trató de encender de nuevo el farol. Varias veces saltaron chispas del encendedor sin éxito, hasta que por fin se hizo la luz. Klaus emitió un maullido que sonó interrogativo, pero Tobias no le hizo caso y alzó el farol para dirigir su rayo luminoso hacia el callejón. ¡Allí! Más o menos en la parte central del callejón, en la parte que los altos edificios mantenían en la penumbra más negra, Tobias vio una sombra más oscura rodeada por unas figuras desiguales.

—Klaus, viejo amigo, serías un buen agente de la guardia —murmuró Tobias—. Me juego la capa a que ahí hay alguna clase de túnel excavado hasta los cimientos del Rey Díscolo.

Con la cabeza repentinamente poblada de imágenes de contrabandistas y ladrones, Tobias abrió los pasadores del asta de su alabarda del cuerpo de vigilancia y fijó el farol debajo de la hoja de acero. Giró el mecanismo y los pasadores se cerraron, de manera que cuando calara la alabarda y apuntara con ella, la luz del farol iluminaría lo que tuviera delante al mismo tiempo que deslumbraría a los potenciales malhechores. Tobias siempre pensaba en su farol como la luz de Sigmar, un resplandor del que no se podía escapar que paralizaba a los delincuentes y ayudaba a los siervos justos del Rey Dios.

Tobias se adentró en el callejón con cautela. Los rayos seguían estallando en el cielo y bañaban fugazmente de luz los edificios y el suelo. Luego la oscuridad regresaba. A la derecha de Tobias se alzaba el Rey Díscolo, con el muro derrumbado y un par de pequeñas ventanas sucias en lo alto. A su izquierda había un edificio de viviendas, uno de los muchos construidos para alojar a los trabajadores del puerto. Tobias reparó en que las únicas ventanas que había en ese lado del edificio llevaban mucho tiempo rotas y estaban tapadas con tablas. El callejón era un buen

lugar para llevar a cabo actividades secretas, ya que no había posibilidad de que fueran observadas.

Salvo por él y por Sigmar.

A la luz del farol, la imprecisa sugerencia de figuras se convirtió en algo más claro y, a ojos de Tobias, también más incriminador. En el suelo se había excavado un agujero que llevaba directamente a los cimientos del Rey Díscolo. A su alrededor había una montaña de treinta centímetros de altura de escombros, tierra y trozos de adoquines.

Una chapuza de trabajo. Unos profesionales habrían retirado los escombros para no llamar la atención. Y sin duda también era una tarea absurda, reflexionó con perplejidad Tobias, ya que la puerta que conducía al almacén de cerveza de la taberna estaba en la calle de atrás, en el pasaje del Pastor; y Tobias sabía por experiencia que su cerradura se había forzado y reparado tantas veces que solo hacía falta una patada bien dada para abrirla y entrar. Por lo tanto, ¿por qué tomarse la molestia de cavar un túnel?

Se acercó al agujero con la luz del farol balanceándose al ritmo de sus pasos. El cuerpo de Tobias irradiaba tensión; el agente estaba preparado por si de repente salía del agujero un maleante blandiendo una porra.

Lo único que se movía era él.

Cuando llegó al borde del hueco, un rayo lo iluminó y confirmó que el túnel conducía directamente hasta la bodega de la taberna. O más bien, pensó mientras lo miraba detenidamente, se había excavado de dentro afuera; la manera como estaban amontonados los escombros alrededor del agujero no dejaba lugar a la duda. El ceño de Tobias se arrugó aún más. El agente se agachó y recorrió el borde del agujero con la luz que arrojaba su farol.

—Este túnel ha sido excavado con... ¿garras? ¿Como si fuera una madriguera? —Echó un vistazo atrás y vio que Klaus lo había seguido por el callejón, si bien se había detenido a mitad de camino y lo miraba con los ojos muy abiertos y atentos; agitaba la cola con frenesí y tenía el pelo erizado.

Aquí pasaba algo raro y Tobias se proponía averiguar qué era. Si se le había permitido a alguna alimaña o bestia hacer su guarida en la bodega del Rey Díscolo, la próxima vez que fuera a la taberna no sería para la habitual visita cordial, sino una inspección oficial que inevitablemente terminaría con la clausura del negocio que de un modo tan negligente llevaba su propietario. Una tristeza fugaz embargó a Tobias cuando

pensó que sus visitas a la taberna tenían los días contados, pero ese sentimiento inmediatamente quedó eclipsado por la satisfacción piadosa que le produjo estar cumpliendo su obligación con Sigmar.

—No hay elección, amigo —dijo para sí mientras enfilaba hacia el pasaje del Pastor—. Habrá que forzar esa cerradura una vez más.

Unos segundos y una patada ágil después, Tobias estaba adentrándose cautelosamente en las tinieblas de la bodega del Rey Díscolo. Caló la alabarda delante de él y la luz osciló por los barriles y las cajas con provisiones.

—¡Guardia de la ciudad! —dijo en voz alta y clara—. Si hay alguien ahí, más vale que salgas ahora o será peor para ti.

Se detuvo al pie de la escalera y esperó, pero no vio moverse nada. Tobias había estado preparado para responder al ataque de un beligerante contrabandista duardin o un adorador de los Dioses Oscuros. Si era sincero consigo mismo, tenía que reconocer que incluso había sido esa su esperanza.

Allí abajo hacía frío, ya que el barrio era demasiado pobre para beneficiarse de la red de tuberías de Draconium por las que corría el agua caliente. Tobias pensó que era irónico que sus habitantes trabajaran duro en la construcción y el mantenimiento del sistema que traía el agua caliente de los volcanes a través de la red de cañerías que la distribuía a las zonas más ricas de la ciudad, y sin embargo no se habían ganado el derecho a disfrutar de ella.

De arriba le llegaba amortiguado el jaleo de conversaciones, canciones y tintineo de copas. De vez en cuando caía un hilito de polvo por las juntas de las tablas del suelo de la taberna que se extendía encima de su cabeza, y las partículas se dispersaban al atravesar el haz de luz proyectado por su farol.

—En el nombre de Sigmar, ¿cómo es posible que tengan un agujero en la bodega y no se hayan enterado? —se preguntó en voz alta, pero un momento después obtuvo su respuesta, ya que se dio cuenta de que desde donde estaba no se veía ni rastro del agujero.

Avanzó por la bodega en la dirección en la que intuía que estaba el agujero, pero lo que encontró fue una pared de madera que le bloqueaba el paso, delante de la cual habían apilado barriles de cerveza vacíos. Las tablas de la pared eran de basta madera de yarren y estaban llenas de astillas.

—Madera barata —masculló Tobias—. Y relativamente nueva. —Era obvio que la habían colocado allí para tapar algo.

Tobias no perdió un segundo y colocó sigilosamente la alabarda de manera que la luz alumbrara la pared falsa. A continuación se puso a mover de uno en uno los toneles vacíos y los apiló a su derecha hasta que despejó un buen espacio. Luego introdujo los dedos enguantados por el hueco que quedaba entre dos listones de madera y con un tirón brusco y fuerte arrancó la tabla en medio de un crujido de madera astillada y clavos.

Miró a través del agujero que había hecho en la pared y comprobó que había unos cuantos palmos de espacio al otro lado, además de un túnel que conectaba la bodega con el callejón. Vio a Klaus mirándolo por el agujero.

Arrancó otro puñado de tablas siguiendo el mismo procedimiento hasta que abrió un hueco lo suficientemente amplio para pasar por él. Dudó si coger la alabarda, pero el espacio era tan estrecho que no podría maniobrar con ella, además, desde donde la había dejado le proporcionaba una buena iluminación.

De manera que Tobias entró en el espacio oculto de la bodega e inmediatamente descubrió su función; amontonadas en un rincón había varias cajas fuertes de hierro y madera.

—Apuesto a que son ganancias obtenidas ilegalmente —dijo con una sonrisa de satisfacción—. Las arcas de la guardia están a punto de recibir un generoso donativo.

A continuación inspeccionó otro agujero, este excavado en el suelo de tierra en un extremo de la cámara secreta. Se trataba de un hoyo más amplio, de un metro y medio de diámetro más o menos, que descendía hasta desaparecer en la oscuridad. También en este caso parecía excavado con unas garras grandes y duras. De su interior subía un hedor a humedad y Tobias arrugó la nariz con asco. A la luz del farol atisbó los hongos que habían brotado en las paredes del túnel.

—Por todos los reinos, ¿qué es esto? —se preguntó en voz alta Tobias. Se acercó titubeando al agujero y escrutó sus profundidades. De repente echó de menos la alabarda. Cuando estaba a punto de darse la vuelta para regresar a por ella, la luz de su farol se apagó inesperadamente.

Tobias maldijo sumido en la oscuridad.

—Maldito farol —gruñó. Se quedó parado cuando oyó un sonido como de pies arrastrados procedente de la zona principal de la bodega. El sonido se repitió; era como si algo o alguien estuviera intentando moverse sigilosamente por el suelo de tierra. Alguien se acercaba.

Tobias se puso tenso y dio un brinco cuando Klaus soltó un maullido desde algún lugar indeterminado encima de su cabeza. El agente se dio la vuelta con el corazón aporreándole el pecho y buscó a tientas en la pared de madera el hueco que comunicaba con el resto de la bodega. Por el túnel que salía al callejón no entraba luz alguna.

Se toqueteó el cinturón buscando la pistola.

—¡Guardia de la ciudad! —bramó con la esperanza de que el peso de su autoridad expulsara el pánico que se había apoderado de él—. ¡Quienquiera que seas, estás interfiriendo en una investigación oficial! ¡Enciende inmediatamente el farol y retrocede, o te enfrentarás a la justicia de Sigmar!

Oyó un ruido que podría haber sido una carcajada maliciosa o simplemente el gruñido de un animal. Se le aceleró un poco más el corazón. Ningún ser humano había hecho aquel sonido. Entrecerró los ojos para aguzar la vista y tuvo la impresión de que estaba sumergiéndose en la oscuridad. Sacó la pistola con los dedos temblorosos cuando oyó otro ruido de pies arrastrados procedente de la parte principal de la bodega, lo suficientemente cerca ya para hacerle retroceder involuntariamente.

Tobias dio un paso atrás y levantó la pistola para apuntar a ciegas.

—Te lo advierto... —comenzó a decir, pero entonces algo le golpeó las piernas con una fuerza descomunal y sintió un dolor atroz que le subía desde las pantorrillas. Cayó de bruces y se estampó contra el suelo con un crujido tremendo. Notó el sabor de la sangre en la boca y los oídos taponados. Un alarido de dolor que intentaba salir de su boca le atoraba la garganta.

Había algo desgarrándole las piernas, como si una docena de cuchillos se hubieran clavado a la vez en sus pantorrillas y muslos. Tobias intentó chillar, gritar para pedir ayuda, pero la impresión parecía haberle sellado los labios como el tapón de una botella. Oyó una serie de gruñidos y notó un aliento pestilente; sintió una humedad caliente y que algo musculoso, pringoso y pesado se deslizaba por su cuerpo.

No.

No eran cuchillos.

Eran dientes.

—Por Sigmar —exclamó con la voz ronca mientras orientaba la pistola hacia sus pies para apuntar a lo que había salido del agujero y le había clavado los colmillos. Pero entonces se produjo una violenta sacudida y

Tobias fue arrastrado por el suelo de tierra; se golpeó el mentón con el borde del hoyo y la pistola se soltó de sus dedos entumecidos. Su conciencia iba y venía.

Luego sintió otro tirón feroz, seguido de una presión aplastante y de una explosión de dolor insoportable en las piernas. Después una oscuridad más impenetrable aún lo engulló.